

Isaac Asimov
YO, ASIMOV
MEMORIAS

Traducción de Teresa de León

arpa

*Dedicada a mi querida esposa Janet,
mi compañera de vida y pensamiento*

INTRODUCCIÓN

En el año 1977 escribí mi autobiografía. Como trataba mi tema favorito, escribí extensamente y terminé con 640.000 palabras.

Dado que Doubleday siempre se porta maravillosamente bien conmigo, la publicaron entera, pero en dos volúmenes. El primero fue *In Memory Yet Green* (1979) y el segundo *In Joy Still Felt* (1980). Juntas describen los primeros cincuenta y siete años de mi vida con bastante detalle.

He llevado una existencia tranquila y no hay demasiadas cosas excitantes que contar, así que, aunque lo compensé con lo que consideré un estilo literario atractivo (nunca me preocupo por la falsa modestia, como pronto descubrirá el lector), su publicación no fue un acontecimiento literario. Sin embargo, algunos miles de personas disfrutaron leyéndola, y periódicamente me preguntan si continuaré con la historia.

Mi respuesta siempre es:

—Primero tengo que vivirla.

Pensaba que debía esperar hasta el simbólico año 2000 (que siempre ha sido tan importante para los escritores de ciencia ficción y para los futuristas) para escribirla. Pero para entonces tendré ochenta años y es posible que no pueda hacerlo.

Cuando, justo antes de mi septuagésimo cumpleaños, sufrí una enfermedad bastante grave, mi querida esposa Janet me dijo muy seria:

—Empieza ese tercer volumen ahora.

Protesté sin mucha convicción y le dije que en los últimos doce años mi vida se había vuelto más tranquila que nunca. ¿Qué podía contar?

Me hizo ver que los dos primeros volúmenes de mi autobiografía eran estrictamente cronológicos. Contaban los acontecimientos en un orden preciso y ajustados al calendario (gracias a un diario que siempre he llevado desde que cumplí los dieciocho, por no hablar de mi magnífica memoria) y no decían casi nada sobre mi yo íntimo.

Me dijo que quería algo diferente para mi tercer volumen. Quería una retrospectiva en la que los acontecimientos ocuparan un segundo plano frente a mis pensamientos, mis reacciones, mi filosofía de la vida y demás cosas de índole personal.

Dije, todavía menos convencido:

—¿A quién le va a interesar eso?

Y respondió con más firmeza y mucha menos falsa modestia:

—¡A todo el mundo!

No creo que tenga razón, aunque quién sabe, así que voy a intentarlo. No voy a empezar donde terminó el segundo volumen. En realidad sería peligroso hacerlo. Los primeros dos volúmenes están agotados y mucha gente que comprara este libro y le pareciera interesante (cosas más raras han sucedido) no podría encontrar los otros dos, ni encuadernados con cubiertas blandas ni con tapas, y podría molestarse conmigo.

Así que lo que voy a hacer es describir toda mi vida como un modo de presentación de mis ideas y convertirlo en una autobiografía independiente. No entraré en el tipo de detalles en los que entré en los dos primeros volúmenes. Lo que intento es dividir el libro en numerosos capítulos, cada uno de los cuales tratará de alguna fase distinta de mi vida o alguna persona que tuvo gran influencia en mí, y llegaré tan lejos como considere necesario, hasta el presente si hace falta.

Confío y espero que, de esta manera, el lector llegue a conocerme de verdad y, quién sabe, incluso puede que llegue a gustarle. Esto me encantaría.

I

¿NIÑO PRODIGIO?

Nací en Rusia el 1 de enero de 1920, pero mis padres emigraron a Estados Unidos, adonde llegaron el 23 de febrero de 1923. Esto quiere decir que he sido estadounidense por ambiente (y, cinco años después, en septiembre de 1928, por nacionalidad) desde que tenía tres años.

No recuerdo prácticamente nada de mis primeros años en Rusia; no hablo ruso y no conozco (más de lo que cualquier norteamericano inteligente pueda conocer) la cultura rusa. Soy completamente estadounidense de educación y sentimientos.

Pero si ahora intento hablar de mí cuando tenía tres años y de los años inmediatamente posteriores, que sí recuerdo, voy a tener que hacer afirmaciones que después llevan a algunas personas a acusarme de ser «egoísta», «vanidoso» o «engreído». O, si son más dramáticos, dicen que tengo «un ego del tamaño del Empire State».

¿Qué puedo hacer? No hay duda de que las afirmaciones que hago parecen indicar que tengo una gran opinión de mí mismo, pero solo respecto a cualidades que, en mi opinión, merecen admiración. También tengo muchas carencias y defectos que admito sin reparos, pero nadie parece darse cuenta de ello.

En todo caso, cuando afirmo algo que yo creo realmente cierto, me niego a admitir la acusación de vanidad hasta que se pueda probar que lo que digo no es verdad.

Así que, después de inspirar profundamente, diré que fui un niño prodigio.

Que yo sepa, no hay una buena definición de niño prodigio. El *Oxford English Dictionary* lo describe como «un niño de genialidad precoz». Pero ¿cómo de precoz?, ¿cómo de genial?

Habría oído hablar de niños que leen a los dos años, aprenden latín a los cuatro o ingresan en Harvard a los doce. Supongo que todos ellos son, sin duda, niños prodigio, aunque yo no lo fui de esta manera.

Supongo que si mi padre hubiera sido un intelectual norteamericano, rico y con importantes conocimientos clásicos o científicos, y además hubiese descubierto en mí un posible candidato al prodigio, entonces podría haberme orientado y habría conseguido algo así de mí. Todo lo que puedo hacer es dar las gracias al destino que ha guiado mi vida e impidió que esto ocurriera.

Un niño obligado a aprender, forzado sin descanso al límite de su capacidad, podría derrumbarse sometido a tanta tensión. Pero mi padre era un pequeño tendero sin ningún conocimiento de la cultura americana, sin tiempo para orientarme por ningún camino y sin capacidad para ello, aunque hubiese tenido tiempo. Lo único que podía hacer era animarme a que sacara buenas notas en la escuela, lo que, de todas maneras, yo ya estaba decidido a hacer.

En otras palabras, las circunstancias se aliaron para permitirme encontrar mi propio nivel de satisfacción, que resultó ser bastante prodigioso a todos los efectos, y mantuvieron la presión a un nivel bastante razonable, permitiéndome avanzar con rapidez sin ninguna sensación de esfuerzo. Así es como he mantenido mi «prodigiosidad» durante toda mi vida.

De hecho, cuando me preguntan si he sido un niño prodigio (y lo hacen con una frecuencia asombrosa), me he acostumbrado a responder: «Sí, y en realidad sigo siéndolo».

Aprendí a leer antes de ir a la escuela. Incitado por el descubrimiento de que mis padres todavía no sabían leer inglés, me dediqué a pedir a los niños mayores del barrio que me enseñaran el alfabeto y cómo se pronunciaba cada letra. Después empecé a

pronunciar todas las palabras que encontraba en los rótulos y en cualquier otra parte y así aprendí a leer casi sin ayuda de nadie.

Cuando mi padre descubrió que su hijo podía leer antes de llegar a la edad escolar y que, además, el aprendizaje había sido por propia iniciativa, se quedó asombrado. Esta debió de ser la primera vez que empezó a sospechar que yo era poco común. (Siguió pensándolo toda su vida, aunque nunca evitó criticarme por mis numerosas equivocaciones). Al darme cuenta de que él pensaba que yo era poco común, y fue muy claro respecto a esto, yo mismo empecé a sospechar que lo era.

Supongo que debe de haber muchos niños que aprendieron a leer antes de ir a la escuela. Yo enseñé a mi hermana a leer antes de que fuera a la escuela, por ejemplo, pero fui yo quien le enseñé. A mí no me enseñó nadie.

Cuando por fin inicié el primer grado en septiembre de 1925, me asombraba de que los otros niños tuvieran problemas con la lectura. Todavía me extrañaba más el que, después de que les explicaran algo, lo olvidaran y necesitaran que se lo volvieran a explicar una y otra vez.

Creo que muy pronto observé que yo sólo necesitaba que me lo dijeran una vez. No me di cuenta de que mi memoria era extraordinaria hasta que descubrí que la de mis compañeros de clase no lo era. Debo rechazar totalmente que tenga una «memoria fotográfica». Los que me admiran más de lo que merezco me acusan de ello, pero siempre digo que «solo tengo una memoria casi fotográfica».

En realidad, poseo una memoria normal para las cosas que no me parecen especialmente interesantes, incluso puedo ser culpable de errores llamativos cuando la abstracción se apodera de mí. (Soy capaz de abstraerme por completo). En cierta ocasión, me quedé mirando a mi preciosa hija Robyn, sin reconocerla, porque no esperaba verla allí y solo me daba cuenta de que su cara me resultaba vagamente familiar. Robyn no se sintió dolida en absoluto, ni siquiera sorprendida, se volvió hacia una amiga que estaba a su lado y le dijo:

—¿Ves?, te dije que si me quedaba aquí sin decir nada, no me reconocería.

Para las cosas que me interesan, y hay muchas, tengo una memoria prácticamente instantánea. En cierta ocasión en que me hallaba fuera de la ciudad, mi primera mujer, Gertrude, y su hermano, John, estaban discutiendo y mandaron a la pequeña Robyn, que tenía por aquel entonces unos diez años, a mi despacho a buscar el volumen pertinente de la *Encyclopaedia Britannica* para hallar la solución.

Robyn fue a buscarlo mientras murmuraba:

—Ojalá papá estuviera en casa. Solo tendríais que preguntárselo.

No obstante, todo tiene sus pros y sus contras. Fui agraciado con una maravillosa memoria y una comprensión rápida desde muy pequeño, pero no se me dotó de mucha experiencia ni de una profunda visión de la naturaleza humana. No me di cuenta de que otros niños no iban a apreciar que supiera más cosas y que pudiera aprender con más rapidez que ellos.

(Me pregunto por qué quien demuestra una capacidad atlética superior es admirado por sus compañeros de clase, mientras que quien demuestra una capacidad intelectual superior es casi odiado. ¿Hay algún convencimiento oculto de que es el cerebro y no los músculos lo que define al ser humano y de que los niños que no son buenos en deportes simplemente no son buenos, mientras que los que no son inteligentes se sienten infrahumanos? No lo sé).

El problema era que no intentaba ocultar mi capacidad intelectual. La demostraba todos los días en clase y nunca, nunca jamás pensé en ser «modesto» respecto a esto. En todo momento hacía alarde de mi brillantez con alegría y ya puede usted adivinar el resultado.

Las consecuencias fueron inevitables puesto que yo era bajito y débil para mi edad, y más joven que cualquiera de la clase (hasta dos años y medio más joven debido a que me adelantaban de clase periódicamente y, a pesar de todo, seguía siendo el «niño listo»).

Me convertí en el objeto de todas las burlas, desde luego que sí.

Al cabo del tiempo me habitué y lo entendí, pero me costó varios años aceptarlo, porque no podía soportar ocultar mi brillantez a los ojos de los demás. En realidad, fui objeto de burlas, con una intensidad cada vez menor, hasta después de los veinte. (Pero no lo convertiré en algo peor de lo que fue realmente. Nunca fui agredido físicamente. Simplemente se burlaban de mí, me ridiculizaban y era excluido de su círculo. Todo ello se podía soportar con una razonable serenidad).

No obstante, con el tiempo, aprendí. No se puede ocultar el hecho de que soy poco común, y menos si se tiene en cuenta el gran número de libros que he escrito y publicado y la enorme cantidad de temas que he tratado en estos libros; pero he aprendido a evitar presumir en mi vida diaria. He aprendido a «desconectar» y a ponerme a la altura de los demás.

Gracias a ello tengo muchos amigos que me tratan con el mayor afecto y por los que siento, a mi vez, un gran cariño.

Ojalá al menos un niño prodigio pudiera ser prodigioso en la comprensión de la naturaleza humana y no solo en memoria y rapidez mental. Pero no todo es innato. Los aspectos más importantes de la vida se desarrollan poco a poco, con la experiencia, y quienes los aprendan con mayor rapidez y facilidad que yo pueden considerarse realmente afortunados.

2

MI PADRE

Mi padre, Judah Asimov, nació en Petrovichi (Rusia) el 21 de diciembre de 1896. Era un joven brillante que recibió una educación completa dentro de los límites del judaísmo ortodoxo. Estudió con asiduidad los «libros sagrados» y dominaba el hebreo,

que pronunciaba con su particular acento lituano. Años más tarde, durante nuestras conversaciones, disfrutaría citando la Biblia o el Talmud en hebreo y traduciéndolo después al yidis o al inglés para mí y comentándolo.

También adquirió conocimientos no religiosos y hablaba, leía y escribía el ruso con gran soltura, además de tener amplios conocimientos de literatura rusa. Se sabía casi de memoria los relatos de Sholem Aleichem. Recuerdo que una vez me recitó uno en yidis, idioma que entiendo.

Sabía suficientes matemáticas como para trabajar de contable con su padre en el negocio familiar. Sobrevivió a los oscuros días de la Primera Guerra Mundial sin servir, por alguna razón, en el ejército ruso. Esto fue una suerte, ya que, de haberlo hecho, probablemente hubiese muerto y yo nunca habría nacido. También sobrevivió a los desórdenes que siguieron a la guerra, y se casó con mi madre en algún momento de 1918.

Hasta 1922, a pesar de la confusión de la guerra, de la revolución y de los disturbios civiles, se las arregló bastante bien en Rusia, aunque, por supuesto, si se hubiese quedado allí quién sabe lo que nos habría ocurrido en los días, todavía más negros, de la tiranía de Stalin, la Segunda Guerra Mundial y la ocupación nazi de nuestra región natal.

Por fortuna no necesitamos hacer conjeturas porque en 1922 el hermanastro de mi madre, Joseph Berman, que había ido a Estados Unidos algunos años antes, nos invitó a ir a ese país y reunirnos con él; y mis padres, después de dolorosas reflexiones, aceptaron. No fue una decisión fácil. Suponía abandonar la pequeña ciudad en la que habían vivido toda su vida, en la que tenían a todos sus amigos y parientes y dirigirse hacia una tierra desconocida.

Pero mis padres resolvieron arriesgarse y llegaron en el momento justo, ya que en 1924 se impusieron cupos de inmigración más estrictos y puede que no nos hubieran dejado entrar.

Mi padre fue a Estados Unidos con la esperanza de conseguir una vida mejor para sus hijos, y lo logró. Vivió para ver que

uno de ellos se convertía en un escritor famoso, que otro llegaba a ser un periodista de éxito y que su hija gozaba de un matrimonio feliz. Pero tuvo que pagar un alto precio.

En Rusia pertenecía a una familia de comerciantes bastante próspera. En Estados Unidos se encontró sin dinero. En Rusia había sido un hombre culto, admirado por sus conocimientos por los que le rodeaban. En Estados Unidos era prácticamente analfabeto, ya que no podía leer y ni siquiera hablar en inglés. Además, los estadounidenses, de cultura laica, no consideraban su erudición religiosa como tal. Se sintió despreciado como un inmigrante ignorante.

Todo esto lo sufrió sin una queja, ya que se concentraba por completo en mí. Yo tenía que compensarle por todo, y lo hice. Siempre le he estado muy agradecido por sus sacrificios desde que tuve edad suficiente para comprender lo que se vio obligado a hacer.

En Estados Unidos se dedicó a trabajar en todo lo que pudo: vendió esponjas de puerta en puerta, hizo demostraciones de aspiradoras, trabajó en una empresa de papeles pintados y más tarde en una fábrica de jerséis. Al cabo de tres años, había ahorrado el dinero suficiente para pagar la entrada de una pequeña tienda de caramelos, y eso aseguró nuestro futuro.

Mi padre nunca me empujó a ser un prodigio, como ya he dicho. Tampoco me castigó nunca físicamente; dejaba esto para mi madre, que lo hacía muy bien. Se contentaba con darme largas reprimendas e intentaba razonar conmigo cada vez que me comportaba mal. Creo que yo prefería los sopapos de mi madre, pero siempre supe que mi padre me quería, a pesar de que le resultaba difícil decirlo.

3

MI MADRE

Se llamaba Anna Rachel Berman. Su padre fue Isaac Berman, quien murió cuando ella era joven. En su honor me pusieron su nombre.

Mi madre tenía el aspecto de una típica campesina rusa y medía poco más de metro y medio; sabía leer y escribir ruso y yidis... Y aquí tengo una queja contra mis padres. Hablaban ruso entre ellos cuando querían discutir algo sin que lo captaran mis agudos oídos. Si hubiesen sacrificado esta necesidad trivial de intimidad y me hubieran hablado en ruso, lo habría absorbido como una esponja y conocería una segunda lengua universal.

Pero no lo hicieron. Supongo que el argumento de mi padre era que quería que aprendiera inglés y que este fuera mi idioma materno. Así, libre de las complicaciones de otro idioma, me podría convertir en un verdadero norteamericano. Pues bien, lo hice, y puesto que considero el inglés la lengua más preciosa del mundo, a lo mejor todo fue para bien.

Aparte de saber leer y escribir y poseer suficientes conocimientos de aritmética para trabajar de cajera en la tienda de su madre, mi progenitora no tenía estudios. Las mujeres judías ortodoxas simplemente no estudiaban. No sabía hebreo ni tenía conocimientos no religiosos.

Sin embargo, he oído sus comentarios despreciativos sobre la escritura en ruso de mi padre, y seguramente tenía razón. La experiencia me ha enseñado que la letra de las mujeres, por alguna razón, es más atractiva y más legible que la de los hombres. La de mi hermana, por ejemplo, hace que la mía parezca indescifrable y poco diestra. Por tanto, no me sorprendería que mi madre escribiera el ruso con más elegancia que mi padre.

La labor de mi madre en la vida se puede definir con una sola palabra: «trabajo». En Rusia había sido la mayor de muchos hermanos y tenía que ocuparse de ellos, además de trabajar en la

tienda de su madre. En Estados Unidos tuvo que criar a tres hijos y trabajar sin descanso en la tienda de caramelos.

Se daba perfecta cuenta de las limitaciones de su vida, de su falta de libertad. A menudo se hundía en la autocompasión y, aunque no puedo culparla por ello, frecuentemente se desahogaba conmigo. Y puesto que subrayaba que yo era parte de la culpa que tenía que soportar, me hacía sentir profundamente culpable.

Una vida tan dura hizo que tuviera un genio muy vivo y la mayoría de las veces yo pagaba los platos rotos. No niego que le diera motivos, pero me golpeaba con frecuencia y no con suavidad. Esto no quiere decir que no me quisiera con locura, porque me adoraba. Sin embargo, me hubiese gustado que lo demostrara de otra manera.

Nunca tuvo la menor oportunidad de ser una buena cocinera. Tenía que preparar las comidas con rapidez, sobre la marcha, y atender la tienda de caramelos, así que durante toda mi juventud (en realidad, hasta que me casé) comí alimentos fritos de todo tipo entre los que, de vez en cuando, aparecía algún pedazo de buey o de pollo cocido con patatas. No éramos muy aficionados a las verduras, pero sí al pan. Pero no me quejo. Me encantaba todo lo que ella nos daba.

Sin embargo, creo que la cocina de mi madre me inició en un modo de alimentación que me condujo a padecer problemas con las arterias al final de mi madurez. Por otro lado, su cocina habituó mi tubo digestivo a trabajar duro, así que desarrollé un estómago que lo digería todo.

No obstante, mi madre era hábil en algunas especialidades: rábanos rallados con cebollas y huevos duros, que eran deliciosos pero que se repetían durante una semana y obligaban a los demás a respetar la intimidad de quien los comía.

Preparaba también pies de ternera en gelatina, con cebolla y huevos duros, y quién sabe cuántas cosas más. Ese plato se llamaba *pchah* y preferiría esto al paraíso. Incluso después de casarme, de vez en cuando mi madre me daba un gran cuenco lleno de *pchah*, para llevar a casa. Es un gusto que se adquiere, y

para mí, el día en que mi mujer, Gertrude, lo adquirió fue un día triste. El suministro se redujo de inmediato a la mitad. Recuerdo con tristeza la última vez que mi madre lo preparó.

Mi actual mujer, Janet, la más adorable del mundo, buscó afanosamente recetas y, de vez en cuando, me prepara *pchah*, incluso en la actualidad. Es muy bueno, pero no tanto como el de mi madre.

4

MARCIA

Mi infancia transcurrió en compañía de mi hermana menor, Marcia, que nació el 17 de junio de 1922 en Rusia y que llegó con nosotros a Estados Unidos cuando tenía ocho meses. A menudo se ha quejado de que rara vez hablo de ella en mi obra, y es cierto. Pero en 1974 publiqué un libro en el que la citaba y decía que había nacido en Rusia.

La llamé por teléfono para leerle el pasaje como prueba de que sí hablaba de ella algunas veces y me interrumpió inmediatamente con gritos histéricos. Le dije consternado:

—¿Qué pasa?

—Ahora todo el mundo sabrá los años que tengo —me respondió entre sollozos. (Por aquel entonces tenía cincuenta y cinco años).

—¿Y qué? —le dije—. ¿Te van a descalificar por eso en el concurso de Miss América?

No sirvió de nada. No pude calmarla, y así es como nos hemos llevado mi hermana y yo la mayoría de las veces.

Marcia no es su nombre original. Tenía un precioso nombre ruso que no se me permite usar. Eligió ella misma Marcia más tarde y es así como tengo que llamarla.